

cucharadas de luna
cucharadas de luna**De pocas
palabras**

Selección de:

Varios (2012). *Poquito porque es bendito. Antología de microcuentos y cuentos breves*. México: Universidad Iberoamericana León, Instituto Cultural de León.

¿Yo?

¿Quién es ése que me mira en el espejo? Se parece a mí e imita mis movimientos.

¿Es real esa imagen? Parece mía, pero no. Decido averiguarlo, me acerco más al espejo de cuerpo entero que tengo ante mí, y respiro aliviado cuando hace lo mismo y me reconozco.

Sonríó levemente, pero mi risa se ve truncada cuando la imagen no me la devuelve y, en su lugar, suelta una carcajada que me hiela la sangre. Ahora sé que no soy yo.

Ma. del Socorro Angulo Muñoz

■

Está bien, iré al psiquiatra, pero no es que esté loco. Lo haré sólo porque las voces de mi cabeza me lo piden amablemente.

Cristina Aguilar Herrera

Destino rojo

Con un zapato en la mano derecha y los pelos del cuerpo erizados, mató un alacrán recién nacido, otro y otro más. Todos eran rojos y pequeños, cayó otro y salían más. Alzó la vista y recibió un golpe en la cabeza.

Patsy Almanza Contreras

■

Virginidad

Bañándose en aquel río que desde hace tiempo no visitaba, observó a lo lejos una figura aproximándose a ella, aquella figura y aquel rostro la movilizaron por un instante. El cuerpo iba descubriéndose poco a poco, el agua bajaba y la respiración subía; las piernas se entrelazaron, los nombres nunca se preguntaron; el río se tiñó de rojo y las mejillas también; al salir, la rodilla sangrando de él la paralizó; ella era virgen aún.

Mariana Ávila

■

Amor cándido

Te vi, me viste. En tus ojos encontré la profundidad del amor verdadero; reflejo de inocencia, pureza y grandeza. Verde profundo, pestañas interminables. Sonreíste y... ¡sacaste la lengua!

Ana Oliva Caballero Lambert

■

Se asomó, pero no pudo ver, una avalancha de ausencias le borró el rostro.

Julieta Auxiliadora Egui Sánchez

Érase una vez una bruja blanca, que tenía un gato blanco y un cuervo blanco al que le gustaba volar en el cielo blanco.

Entonces, una mancha de tinta lo arruinó todo.

Ferdora Farías Martínez

■

Pensar en la inminente muerte de los demás era uno de mis mayores pasatiempos hasta que un día, ensimismado en mis pensamientos fatalistas, no escuché el claxon del autobús que me atropelló.

Karla Evelia Gasca Macías

■

Tenía una comezón insoportable. Me rasqué tanto que sólo quedó la pulga.

Karla Evelia Gasca Macías

■

Afuera el jardín

Caminó lenta hacia la puerta acariciando el prominente vientre, el calor de la noche se sentía hasta en los pies desnudos. Frente al *spring*, el olor de un jazmín le golpeó la cara mientras tendía una sábana en el piso, el sopor esa noche era insoportable como para quedarse en cama. Cuando recostaba su embarazado cuerpo, lo vio parado del otro lado del *spring*, la oscuridad no impidió que en el momento reconociera su figura, el choque de la incredulidad sólo duró un segundo. El corazón se le desbocó al instante que recordó las bromas que se jugaban, las charlas amenas, las promesas que se hicieron cuando él aún vivía: ¡Váyase don Miguel, vaya con Dios! No quiero saber nada, ya cumplió— le dijo mientras se santiguaba cerrando los ojos.

Dalia Lizette Gómez Martínez

Prueba de amor

Le quitó la blusa, el sostén, la falda, la media, la otra media y la otra. En ese momento supo que ella no era de este mundo.

Karina Pérez Solórzano

■

Su última involuntad

El archivo de Word abierto decía:

¡Cuando explote no quiero que ningún resto mío se quede en esta oficina!

Incluso tenía una falta de ortografía.

Apagaron la máquina y llamaron al forense.

Sara Montserrath Pinedo Hernández

■

Todo iba miel sobre hojuelas, hasta que la leche inundó todo.

María Fernanda Rosillo Martínez

■

La tragedia más común del mundo

No es que hubieran tenido una vida triste, pocos temas de conversación o mala suerte, sólo fue una de esas historias que no terminan en plural.

Paulina Sentíes Martínez-Parente

■

Casa incendiada (I I 3)

Arriba hervían las pasiones, abajo el té.

Edith Sosa Hernández

Improbabilidad

Ella construía escaleras para llegar a él. Pero él prefería el elevador.

Andrea Monserrat Soto Balcázar

■

La máquina teletransportadora

La máquina funciona perfectamente. De manera muy fácil pones tu código, las coordenadas, aprietas el botón y en menos de un segundo llegas a tu destino, sin preocupaciones de terminar por error ahogado en un océano (aquella falla fue corregida). La perfecta solución para: “un retardo más y estás despedido”. Esta innovación, y por ende lo más caro que puedes encontrar en el mercado, terminó costándome un riñón y aún sigo debiendo. Pero fue necesaria. El único problema que encuentro es la mente débil del ser humano, porque no importa qué tan simples, versátiles y perfectas sean estas máquinas teletransportadoras, cuando comienzas a pensar que tienes tiempo de sobra llegas tarde y estás despedido en menos de un segundo.

Laura Liliana Zacanini Carmona

■

Arafilia

—Eres la única mujer capaz de tejer mis sueños y hacerlos realidad... —le dijo él, emocionado. Aracné sonrió complacida, movió sus ocho patas y se alejó hacia el techo.

María Yolanda Zamora Puente

■

Después viene la vida

Tus recién nacidas canas me devuelven un tiempo gastado que también asola mi edad. Ahora que duermes pareces inofensiva, la engañosa paz de tu rostro aviva el odio que me provocas.

¡Cuarenta años cargando tus juicios y tu punzante mirada! Tú en el sueño y la vigilia, tú decidiendo por mí, sumergiendo mi voz en tu impetuoso aliento. Me hubiera gustado quererte con sentimiento de hermana, reírme contigo y no escuchar esa incomprensible carcajada distante que emanaba de tu vientre.

Llegaste a convencerme de que yo sobraba, que la vida se trataba de ti y yo sólo era un apéndice, ¡Pues no! Soy yo y una consciencia ajena, omnipresente y castradora, impostora de mi voluntad. Con una pierna o un brazo de más habría podido adaptarme al jodido mundo, pero una cabeza de más, con facultad propia, ¡ni un santo la soportaría! Por un momento abrigué el estúpido sueño de que caerías como una verruga a la que se le amarra un cordón al cuello.

Pero ¡Qué importa ya cualquier anhelo! ¡Después viene la vida! Empiezo a sentir la presencia del veneno que vertí en tu taza, la oscuridad anuncia mi liberación. Con el último aliento me habré separado para siempre de ti... querida siamesa.

Flor Bosco

Bien morir

Tía Chole, sobreviviente de cristiadas y pestes, fue poco a poco y sin palabras, elegida por aquel pueblo Alteño, para ayudar a bien morir a todos aquellos que se resistían a hacerlo.

Hoy sale presurosa de la casa de los López, quienes la llamaron a la media noche. Se enreda en su rebozo, la mañanita de octubre está fría, húmeda, envuelta en neblina y huele a tierra mojada. Va de prisa a la parroquia, pues es la última llamada a misa de seis y tiene que darle cuentas al Patrón del alma que acaba de enviarle.

Se arrodilla cerquita del altar, y le cuenta:

– Le recé todita la noche al pobre de Don Gildardo, así de bonito como Tú sabes que lo hago cada vez que se ofrece; quince misterios y todas las jaculatorias. Ya pa' las cuatro, la familia no podía de sueño, como Tú sabes que sucede. Y pos los mandé a dormir, estaban bien cansados. Y ya luego como Tú sabes que trabajo, le puse la almohada en su carita y pos dejó de resollar... espero que haya llegado bien a Tus amorosos brazos... y que ni tan siquiera haya pasado por el purgatorio; ya sabes que estoy para servirte... En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Ángela de la Luz Gómez *Bülle*

Toña no hizo maletas

Toña terminó de cocinar la cena, limpió un poco la casa, sin hacer caso de los balbuceos y llantos del bebé, miró el reloj y preparó el biberón para la toma de las nueve. Alimentó a su hijo sin caricias, ni mimos, suspirando hondamente y dejando correr aquellas lágrimas inexplicables. Cuando el bebé se quedó dormido, comenzó a darse prisa; no hizo maletas; tomó dos blusas ligeras, cuatrocientos pesos y su cepillo de dientes. –Al fin que todo cabe en el bolso– pensó. A esa hora, la calle estaba desierta, nadie la vio salir, llegar a la esquina, tomar el taxi y ordenar que la llevaran a la central.

– Él llega a las diez, así que si el bebé despierta, llorará sólo un ratito– se repetía una y otra vez mientras ponía distancia entre ella y el hogar que ya no amaba.

Cuando el taxi pasaba por Madero y Laurel, vio a lo lejos un círculo de morbosos que estorbaban a la Cruz Roja.

Cosas que tiene la vida: Toña viendo a los morbosos mirando a su esposo inerte, con la cabeza destrozada. Veintidós cuerdas atrás quedó un bebé que lloraría inútilmente porque su padre siempre llegaba a las diez, pero esa noche no.

Consuelo Maldonado Calderón

La fatal 'A'

Ana, larga, flaca, amargada, mansa. Apaga la mañana al hablar.

Aclama, aclama galán.

Hada harta, para aplacar la alabanza, manda Gañán.

Ana para amar, acata la data, barragada va al altar. Lava las galas, ata las canas, agarra la faja, danza, canta. Tal maja anda a la cama para agasajar a Gañán, mas la farra fracasa al arrancar.

Gañán anda jarra, alza la manta, allana la faja, la arranca, la abraza, la ama. La carnal hazaña acaba al agachar Ana la cara. Gañán arma gran algazada... ¡sagaz la ataca! La daga daña la cara a Ana, las patadas marcan las nalgas, las malas palabras taladran la lacha. Gambada Ana alcanza la navaja... daña la garganta a Gañán; la aplana, la aplaca, la abarra.

Ana gana la fatal batalla: mata a Gañán.

¡Gazapada! ¡Gatada! ¡Marranada! ¡Mamada!

¡Ah malaya galán! Haragán alacrán, garrapata manca, gárgara anal.

¡¡¡Malvada Hada!!! La rajada a Gañán da mal karma a Ana.

Alá aclama saldar la pagana matanza.

Asaltada la casa, raptan a Ana, la jalan a la Plaza.

Allá la bata blanca, las largas mangas aplacan a Ana.

La aplastan las sábanas ámbar, las máscaras macacas, las palanganas manchadas, las arañas naranjas.

Ana vaga al andar, las damas altas la atrapan, la amarran a la aldaba. Atarantada, malgasta la baba al bajar la cara a la malla.

Las largas garras rasgan las vallas alzadas.

¡Ana!

Nada la salva ya...

Apartada... callada... afana palmar.

María de Lourdes Ramón Bejarano

Desaparecido

Viernes 3:30 de la tarde. Las puertas de la modesta funeraria están cerradas. Un discreto anuncio de cartón señala: “Si necesita servicio, toque el timbre”.

A las 3:40 p.m. alguien golpea con fuerza las sensibles puertas de madera. Es un “hombre” de complexión delgada de más de cincuenta años que pide con ansiedad que lo atiendan. Parece enfermo, está pálido...

—¿En qué le puedo servir?— Pregunta con voz muy baja el funerario en lo que abre la puerta.

—Necesito un servicio. El “hombre” le extiende la mano entregándole un papel con un nombre y una dirección anotados.

—¿Qué tipo de ataúd necesita?

—Ese está bien—. Apunta el “hombre” hacia un ataúd gris que está en exhibición, mostrando el interior forrado de terciopelo blanco.

—Enseguida le traigo los precios y un pequeño formulario que necesito llene con algunos datos.

El funerario se da la media vuelta y atraviesa una puerta de madera con pequeñas ventanillas de vidrio que conduce a un angosto pasillo oscuro. Su figura desaparece apenas da unos pocos pasos.

Al regresar con la hoja, el “hombre” ya no está... mira a un lado y a otro y se da cuenta de que el ataúd gris está cerrado... el pequeño cirio del rincón está humeante.

Desconcertado, el funerario se acerca al ataúd gris y descubre que el “hombre” está ahí, postrado con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. El funerario dio unos pasos hacia atrás, casi cae del susto. Lo primero que pensó fue en llamar al teléfono que unos minutos antes el mismo “hombre” le había proporcionado. Al poco tiempo llegaron familiares que lo reconocieron. Aturdidos y con un profundo dolor y desconcierto comprobaron que se trataba de su familiar.

Poco a poco fueron llegando amigos, vecinos y curiosos al lugar. Apenas comenzaron los rezos, las ventanas del pequeño lugar comenzaron a azotarse... un viento helado atravesaba el pequeño salón; las puertas y las cortinas se movían de un lado a otro... los vidrios de las ventanas rompieron en mil pedazos... la gente comenzó a correr asustada.

Gritos, lamentos y golpes se escuchaban en la habitación. El féretro comenzó a moverse... nadie daba crédito a lo que veía.

Llamaron al sacerdote... al llegar tuvo que exorcizar el lugar, los extraños sonidos cada vez eran más fuertes. Los gritos salían de las paredes... un tremendo olor a podrido invadió el lugar... en unos instantes todo estaba vacío... el cuerpo del “hombre” desapareció. Las cortinas estaban rasgadas y el lugar quedó oscuro, sombrío, lleno de un humo negro impregnado en las paredes... todo era un desorden.

Después de ese día, la funeraria cerró y después selló sus puertas. Años han pasado desde entonces... los vecinos aseguran que los lamentos y gritos desgarradores aún se escuchan. De vez en cuando, un fuerte hedor se percibe al pasar por el lugar. Hay quienes aseguran que el espíritu del “hombre” permanece atrapado en el lugar. Nunca encontraron su cuerpo...

Josefina Rodríguez González

Ser humano

No tiene nombre: los cabellos entrecanos, las manos vacías, levanta los insultos que le lanzan los automovilistas porque está parado a media calle, en abuso de su propia debilidad. Ama la vida y el mundo ahoga su voz cuando asoma la cabeza; no insulta, no grita, sólo se pregunta por qué. En el hartazgo de su pobreza es un ser sin creencias, él mismo las asesinó hace tiempo, pero se arrodilla y con cuidado lo levanta.

Seco, marchito; un poco más que en los huesos, su cuerpo está envuelto en harapos que se manchan de sangre. Sentado en la orilla de la banqueta, abraza y llora sobre el lomo del perro.

Lo llaman escoria, piltrafa humana y es un ser que con gusto hubiera preferido que lo atropellaran a él y no a su compañero.

Patricia Norma Rosiles Aguado

■

Oneroso descontrol

Lo confieso. Tengo corazón de condominio, no termino de estrenar cuando ya me he vuelto a enamorar. Y es que, ¿quién dijo que en la vida se puede tener un solo amor de verdad? Yo, lo dudo porque no sólo tengo uno, sino diez, pero juro que quisiera hasta cien.

Un nuevo día que comienza, un día maravilloso con él, dos o quizá tres, después comienza mi agonía, no poderle ser fiel a mi amor me convierte en una...

Pero... en serio, no es cuestión mía, salgo de casa con la convicción de no ceder a los impulsos y al arrebato.

¡Imposible! Mis pasos me dirigen al lugar de los hechos, aquel en el que cada tercer día me encuentro para sucumbir ante el deseo. Quiero pasar inadvertida pero todos, absolutamente todos me miran, susurran, hablan, gritan, no sé si se dirigen a mí o murmuran quién de ellos será el próximo en mi lista.

Después de mucho suplicio llego al encuentro, mi corazón se acelera tanto como la primera vez, la segunda o la tercera, y es que, cada día, esa habitación es diferente y llena de misterio, no sé qué hay preparado para mí.

Lo veo, lo acaricio, lo siento, ¡sí, este es el indicado! Deliciosa piel negra, tersa y fina se prepara para abrazarme, portar mi cuerpo y llevarme hasta donde yo quiera, hasta la próxima cita, o hasta mi hogar, víctima tantas veces de adulterio.

Lo tomo con fuerza, no puedo flaquear, viene a mi mente el recuerdo de todos aquellos con los que viví este mismo momento, cuesta y cuesta muy caro, pero qué más da, blancos y amarillos, duros, suaves, de gustos diversos, y es que en estos se rompen géneros. Abro la bolsa y escucho: ¿Su pago será en efectivo?

Andrea Monserrat Soto Balcázar